

UN AÑO SIN AMOR

PABLO PÉREZ

blatt & ríos

Pérez, Pablo

Un año sin amor. - 2a ed. - Buenos Aires : Blatt & Ríos, 2018.

144 p. ; 18x13 cm.

ISBN 978-987-4941-16-9

1. Novela. I. Título

CDD A863

© 1998, 2018, Pablo Pérez

© 2018, Blatt & Ríos

© por su texto: Roberto Jacoby

© por su texto: Mariano Blatt

1ª edición en Perfil Libros: 1998

1ª edición en eBook en Blatt & Ríos: 2012

1ª edición en Blatt & Ríos: 2015

2ª edición en Blatt & Ríos: 2018

Diseño de tapa: Iñaki Jankowski | www.jij.com.ar

blatt-rios.com.ar

ISBN: 978-987-4941-16-9

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

*a Nicolás Gelormini,
por nuestra bella amistad.*

Agradezco a la licenciada Alicia Roca,
a Mónica Griffin, al doctor Oscar Rizzo
y al doctor Yabhes, su invaluable ayuda.

Sábado 17 de febrero

Tengo que escribir. Hace tiempo que nadie me llama, hace tiempo que no escribo y cuando me siento a escribir siempre interrumpe algún inoportuno. Pero eso es una simple trampa, me siento en un simulador de escritura para estimular a la campanilla del teléfono. Digo bien, campanilla: tengo un viejo teléfono que no me permite acceder a muchos de los nuevos servicios de Telefónica porque no tiene teclas, un viejo teléfono a disco. Lo que sí tengo es un contestador automático, que en realidad no es mío, es de mi tía Nefertiti, a la que en la intimidad de mis escritos me atrevo a llamar Nefritis, según me sienta o no molesto con su presencia. Tiene la manía de pasar entre la tele y yo (la caprichosa TV blanco y negro también es de ella), saltarina como una cabra muda a veces, otras como una cabra charlatana, siempre sacando de su memoria genética algunos pasitos de ballet, ya que dice que no es hija de mi abuelo, ordenanza en una compañía de seguros, sino de un vecino de la pensión donde vivía cuando era

chica, director de orquesta. Según Nefritis la abuela le ponía los cuernos a Pérez (así lo llama ella), lo que me extrañaría, pero en fin, dejémosla soñar con una familia más “real”. No me cabe ninguna duda de que “Pérez” sí es mi abuelo, mi padre es su vivo retrato y es más: cuando era chico me los confundía en las fotos, videnciando la creciente calvicie de mi padre que más tarde trataría de revertir recomendándole tisanas alopécicas que terminé usando yo, por temor a que fuera hereditaria. Ahora que lo pienso, el hipotético padre director de orquesta de mi tía también debió ser calvo, ya que Nefritis pierde pelos por toda la casa y yo los encuentro en mi cepillo de dientes, enroscados en los tenedores como espaguetis o adentro de la mayonesa.

Lunes 19 de febrero

Tuve que buscar por toda la casa un almanaque para saber en qué día estábamos. Siento que escribiendo todo esto, tan personal, pierdo el tiempo. No es poco: lo que necesito es distraerme. Darme tiempo para salir de esta familia enferma. Me siento bloqueado porque no tengo trabajo, no me gusta trabajar, y la idea de que trabajar no me daría el dinero suficiente como para abandonar esta casa llena de malos recuerdos, termina por quitarme las ganas del todo.

También me agota el ambiente literario, en el que todo el mundo corre por más saber, todos pretenden leer todo

lo que existe para poder hablar sobre ello. Yo tengo que hacerme a un lado y dejarlos pasar porque las carreras me cansan.

Es posible que me equivoque en mis juicios, pero si digo desde ya que creo que soy un resentido, me puedo permitir cualquier queja. No me importa hablar mal de nadie injustamente. Lo peor de todo esto no es lo que pueda escribir, sino el veneno que mi cuerpo destila, el veneno de la infelicidad.

El año pasado tomaba un antidepresivo que ya no tomo. ¿Para qué tomar un comprimido que me ayude a aceptar este mundo cada vez más detestable? El año pasado pensaba que la literatura debía evitar decir cosas desagradables, quería escribir sobre un mundo feliz, transmitir optimismo y es verdad que todavía necesito consolarme con una próxima Edad de Oro. No me interesa tomar AZT para llegar vivo. Estamos en carrera y hay que aguantar, estamos en carrera y hay que aguantar..., pero este veneno que fabrica mi cuerpo día a día me está colmando hasta que tal vez, un día, estalle. Vivo en un mundo en el que cada vez más, los padres entierran a los hijos. Bela, Paula, Bernard, Vladimir, Hervé, por citar solamente a los que más quise y por orden de desaparición. Todos lloran después y muy pocos son los que se preocupan antes.

La indignación que siento por mi familia, que parece no darse cuenta de nada de lo que me pasa, no la puedo expresar; hacerlo me demandaría un verdadero ejercicio literario: describir ese árbol calloso, enfermo desde la raíz

de un mal siniestro que mata primero a los retoños mientras el tronco y las ramas grandes duermen. Ahora que lo pienso no es tan descabellado: los árboles viven mucho más que cualquiera de sus hojas o sus flores, ¡qué estupidez la mía!

Leí hace algunos días un diario de Hervé, en el que dice que se sienta a escribir para dejar de dar vueltas por su casa como un león enjaulado. Eso mismo acabo de sentir, me di cuenta de que estaba dando vueltas en bolas por toda la casa, esto al margen: desnudo para que mi ingle reciba aire, tengo una micosis de segundo grado que avanzó porque estoy confundido, todavía no entiendo de qué se trata mi tratamiento homeopático. El doctor Yabhes me prohibió las cremas con corticoides y yo intenté, tal vez tarde, revertir esa mancha con forma de corazón en mi ingle, con propóleo, aloe vera, jugo de limón (¡cómo me ardieron las bolas!), una infusión hiperconcentrada de cola de caballo, y la pomadita boliviana verde que me produjo una erección y creo además que hizo algún efecto, debería comprar otra latita, es muy buena para todo. La mancha con forma de corazón no desaparecía (ya ves, Yabhes), más bien crecía en tamaño y picaba (pica, ahora escribo desnudo frente al ventilador), entonces hoy, cuando fui a ver al doctor Araujo, suplente de la doctora Mali, mi médica de cabecera de PAMI, le mostré mi mancha, y le expliqué que el doctor Yabhes no me dejaba usar pomadas con cortisona. “Pero esto hay que tratarlo –me dijo–, tenés una micosis probablemente

de segundo grado. Vamos a probar con un micótico puro, sin cortisona, y en una semana te veo, etcétera, etcétera” o algo así. Me compré la pomada, me bañé, me la apliqué y anduve toda la tarde en bolas porque en el prospecto dice que se curan más rápido las micosis cuando están al aire, como por ejemplo las de la cara, y que las más difíciles de curar son las de los pies. Vuelvo a pronunciarme contra la ropa otra vez, por una cultura del nudismo.

Además de la doctora Mali (y su suplente el doctor Araujo) que me corresponde por PAMI, y el doctor Yabhes de la Asociación Médica Homeopática Argentina, me atiende la doctora López, del Hospital de Día. Sigo pensando que necesito un buen médico. Es terrible para mí porque no creo en la alopatía, me estoy decepcionando de la homeopatía, y mis autocuraciones naturistas darían mejores resultados si tuviera un médico como la gente que me orientara y tomase las riendas del asunto. Por ahora siento que mi mejor médico soy yo mismo, trato de conciliar las voces de las distintas ciencias médicas, desechando los diagnósticos y prescripciones que no me inspiran confianza, casi por puro instinto. Es por instinto que me negué a tomar AZT, después de salir de una internación en el Hospital Argerich. Tenía 360 CD4 y según los médicos de Infectología de este hospital tenía que tomarlo. Yo les dije que no lo tomaba ni loco.

—¡Nosotros nos esforzamos por prolongarte la vida y vos querés hacer lo que se te da la gana! —Doctora Me Olvidé El Nombre Cuando Lo Recuerde La Escracho.

—Mirá, yo me alimento bien, tomo vitaminas, tés de yuyos...

—No depende de la alimentación.

—De todas maneras, antes de tomar cualquier cosa quiero volver a hacerme un recuento de CD4.

Volví a hacer el recuento y dio 710, una cifra envidiable entre seropositivos. Cuando la médica en cuestión (Ya Voy A Recordar El Nombre) leyó el resultado del análisis no me dijo nada y antes de irme le pregunté:

—¿Y? ¿Qué pensás de la subida de los CD4?

—Los CD4 suben y bajan.

No insistí. Al poco tiempo decidí dejar a los infectólogos del Argerich para ir al Hospital de Día. Es allí donde me atiende la doctora López. Siento que no puedo aceptar ningún tratamiento sin estar seguro de que es el más conveniente y la duda sobre el AZT quedó instalada. Ya son muchos los médicos que dicen que es malísimo e incluso que podría favorecer a la aparición del sida. ¿Qué hago? ¿Estudio Medicina?

22 de febrero

“Hola, Pablito, te llamaba porque se me ocurrió una idea: Si tenés ganas de escribir, se podría hacer un pequeño diario de la traducción, contando, digamos, de cada día que trabajamos, un poquito el entorno, cómo se constituye la traducción. Bueno, un besito, hasta luego”.

23 de febrero

Siento que me cuesta concentrarme en la escritura porque respiro con dificultad. Mi teoría es que mi cerebro no se oxigena lo suficiente, y que entonces las ideas se enmohecen, se pudren y se mueren.

El mensaje que me dejó ayer Arturo tal vez haya cambiado el rumbo de estos textos que no dejan de ser personales, como lo son también los de RV¹ que estamos traduciendo. Lionel me los había mandado por intermedio de Diego, tipeados y anillados. Yo los leí un poco, en forma fragmentaria, ochenta y ocho páginas en total. Algunos textos del 82, del 83, etcétera. Ninguno del 91 y 92, años en que RV y yo salíamos, muy pocos del 93 y apenas dos del 94, año en que RV murió. Me decepcioné porque no había escrito nada sobre mí. Lo único que me interesaba en esa lectura salteada que hice de sus escritos era saber qué pensaba de mí y si tenía que ver con que yo lo hubiese dejado para venir a Argentina, su decisión de abandonar todo tratamiento y dejarse morir. ¿Se había dejado morir? ¿Por qué no me escribió nunca? ¿Me amaba? ¿Me odiaba? Sus escritos no respondían en nada a mis preguntas, creo que por eso no me interesó seguir leyéndolos. Después vino Lionel a la Argentina. Alicia Roca, mi psicoanalista, me dice que mi última depresión comenzó con la llegada de Lionel. Gracias a él mi duelo por RV empezó a concretarse. Mi vida parisina, que se estaba esfumando,

1 Forma abreviada de *Hervé*.

se hacía otra vez presente. Entre RV y yo nos tomábamos una botella de vodka por día, varias cervezas, y no parábamos de fumar haschis y marihuana. Yo empezaba mi recorrida por los bares gays a la tarde hecho un erotómano... Quizás en este diario pueda recordar un poco aquel vagabundeo parisino que terminó cuando se suicidó mi hermana, Paula, en Buenos Aires, el 7 de octubre de 1992, un día después del cumpleaños de papá. Recuerdo que cuando me enteré (necesitaron dos días para decidirse a comunicarme su muerte y mucha insistencia de mi parte para que me dijeran que se había suicidado) además de llorar, lo único que pude hacer fue comprar un ramo de rosas para llevarlo a Notre Dame, porque fue ese el primer lugar que Paula quiso conocer cuando vino a visitarme a París. Era de noche, y después de haber golpeado el enorme portal sin conseguir que nadie abriera, arrojé las flores al Sena. RV y Lionel me llevaron a cenar y cuando terminamos les pedí que me dejaran solo. Entonces fui al MecZone². Allí me encontré con un chico leather con el que ya había estado una vez. Nos encerramos en un escusado, me tuvo un rato desnudo, echado a sus pies y acabó después de hacerme una marca en la ingle con la brasa de su cigarrillo. Yo acabé viéndolo gozar a él. Luego subimos a tomar cerveza y cuando le conté que mi hermana se había suicidado no me preguntó nada: me abrazó, me besó y por un buen rato consiguió aliviarme mi angustia. Unos

2 Bar leather de París.

días después, enfermo de tristeza, decidí volver a Buenos Aires, dejando a RV. Podía pensar solamente en Paula. Nunca amé a nadie más que a ella, y con su muerte, todo mi mundo se había derrumbado. En medio de tanto desconsuelo, no me daba cuenta de que estaba siendo cruel con RV al dejarlo del mismo modo en que dejaba mi casa, mis dos máquinas de escribir, mis cacerolas, el televisor, la aspiradora, las cortinas antiguas que me había regalado Elisabeth, entre tantas otras cosas.

Decía que cuando llegó Lionel a Buenos Aires volví a leer esos textos con un poco más de atención, pero siempre en forma fragmentaria. Después hubo más: nueve cuadernos que en esos días un amigo nos trajo desde Nueva York. Era demasiado para mí, ver su letra, sus dibujos, esos cuadernos sagrados, sin tachones ni páginas arrancadas, ni cuentas, ni citas con el médico.

25 de febrero

El 7 de febrero, Arturo y yo nos encontramos en el Hotel Chile para despedir a Lionel que se hospedaba allí con Néstor, su amante bonaerense. El decorado del hotel hacía pensar en una hostería en el medio de los Alpes. Un lugar extraño, una luz que no se correspondía con la mañana. Era como si nos estuviésemos despidiendo de Lionel en la misma Europa, como si los huéspedes hubiésemos sido nosotros. Arturo tenía ganas de salir a desayunar y yo lo acompañé, le dijimos a